



Regresando al Obispo Connolly a Dios

Lo siguiente es una versión ampliada de la homilía dada en la Misa de Sepelio del Obispo Connolly en Baker City el 1 de Mayo.

Todos nosotros diríamos que el Obispo Connolly fue un hombre llamado por Dios. Pero a medida que el joven Thomas vivió a su manera en su vocación, el llamado de Dios al sacerdocio no era de ningún modo tan claro para él como lo es para nosotros quienes miramos hacia atrás. Su “ardiente deseo” de niño de “tener un hermoso rancho en algún lugar” no se realizaría. En su lugar, él fue criado en una ciudad, en el patio de la maderería de su padre en Tonapah, Nevada. Mientras estaba todavía joven, su vida no dio el giro que el joven Tomás quería que tomara.

A la edad de 11 años aprendió otra lección, más difícil, acerca de cómo la vida puede dar la espalda a donde el corazón quiere que vaya. En Febrero de 1933, el hermano mayor de Tomás fue diagnosticado con leucemia. “Eso hizo algo” recordó el obispo sesenta años después. “Sabemos, todos pensamos que éramos personas grandes y fuertes. [Pero] Papá no pudo hacer nada. Mi mamá no pudo hacer nada. Oramos y tratamos cada médico que pudimos. No hubo nada que pudimos hacer.” Un año más tarde su hermano murió. La vida había dado un giro que el joven Tomás no quería que tomara.

Dos años después de este encuentro cercano con la muerte, “llegó el momento para mí decidir si iba al seminario o no.” Él decidió ir. Pero pasaron años y “[n]o llegó ninguna luz

clara.” “No sabía si quería abandonarlo y regresar a casa, o si Dios me estaba llamando o no,” recordó después. “Si quieres que haga esto,” le dijo a Dios, “entonces tendrás que hacerlo posible.” Dios lo hizo. Tras la ordenación de Tomás como diácono las palabras del Profeta Isaías sonaron en su corazón: “Aquí estoy . . . envíame.”

Al fin Tomás Connolly estaba seguro de su llamado, pero no había oído el final del mismo. Resultó que iba a haber un nuevo llamado *dentro* del llamado al sacerdocio. Veinticuatro años después, fue nombrado obispo—al igual tiempo que los vientos de cambio a partir del Vaticano II se extendieron por la Iglesia. “En 1971, siendo obispo era algo diferente de lo que jamás había sido,” recordaría en su 25 aniversario. El nuevo estilo de ejercer autoridad minimizaba la importancia de *decirle* a la gente lo que deben hacer y en su lugar exaltaba el valor de *inspirarlos* a hacerlo. “Eso no era algo fácil de manejar,” reflexionaba el Obispo Connolly años después. “Me preguntaba, ‘¿Eres capaz de cambiar tanto de mecanismos para dirigir la iglesia en la dirección en que el Espíritu Santo quiere que vaya?’” Su respuesta era a la vez humilde como realista: “Todo lo que podía decir fue que lo intentaría.”

Habiendo dicho “sí” a su vocación episcopal, el Padre Connolly recibió su nueva *misión* cuando se convirtió en el Obispo Connolly. “El título de Obispo es uno de servicio, no de honor,” se le dijo en su ordenación, “y, por lo tanto, un Obispo debe esforzarse para beneficiar a otros en vez de enseñorearse sobre ellos.” Por casi treinta años la fidelidad indefectible del Obispo Connolly a su título orientado al servicio se hizo querer más por su rebaño. “Me impresionó que se sentaba en la artemisa y comía pan!” recordó una mujer en su 25 aniversario. Y un joven padre recordó el comportamiento del Obispo

en el primer Campamento de la Familia: “lo miré cargar a cuestas a niños y subir las colinas, jugar volibol tan competitivamente que lo llamamos ‘Spike,’ y generalmente se unía a jugar. Me quedé impresionado con su alegría. Los niños lo querían y admiraban. Hemos sido tan afortunados de que estuvo allí, realmente allí, para nosotros.” No es por nada que el Obispo había escogido su lema episcopal: “Estoy consumido y me consumiré por ustedes.”

La ordenación episcopal trajo también una segunda responsabilidad: de “ser consciente siempre del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas.” A esta misión de reconocimiento mutuo, el Obispo Connolly se dedicó de manera sorprendentemente memorable. Como puso una señora, “La cosa más común que he escuchado a la gente decir de él es, que recuerda los nombres de las personas.” Hubo cientos de nombre que recordar de los retiros que dio en abundancia a través de las décadas de su ministerio. Él disfrutaba mucho estos retiros, porque “tengo la oportunidad de trabajar con gente de forma más personal, para llegar a conocerlos mejor.” Tenía la esperanza de seguir haciéndolo en su jubilación: “Me gustaría tener una bonita casa de retiro en algún lugar, en un hermoso lugar, donde pueda conocer y animar a gente en su propia vida de oración, [d]onde ellos puedan hacer a un lado las preocupaciones que normalmente tienen y simplemente considerar quiénes son en la presencia de Dios y quién es Dios.” Como el Buen Pastor que dice, “Conozco a las mías, y ellas me conocen a mí,” el Obispo Connolly no quería nada más que atender a su rebaño hasta el final de sus días.

No pudo ser. En sus últimos cinco años la memoria del Obispo se apartó de él. Había conocido y había sido conocido por tantos durante tanto tiempo, pero al final conocer y

darse a conocer excedía el alcance del poder de su mente. Ya no pudo conocer ni darse a conocer. Como su mirada de desconocimiento caía sobre los visitantes, provocaba en ellos (ya que puede haber provocado en él) la cuestión que el profeta Isaías puso a Dios: “¿Hasta cuándo, Señor?” ¿Hasta cuando que regresa reconocimiento?

Es una pregunta que cada uno de nosotros debemos afrontar, porque a la hora de nuestra muerte, San Pablo nos asegura, “conocimiento . . . será reducido en nada.” Nuestra memoria se convertirá en polvo. Por lo tanto, Jesús promete, “Voy a preparar un lugar para ustedes” –un lugar de recuerdo. “Y . . . regresaré y los llevaré, para que donde yo esté, también ustedes estén.”

Hasta entonces, “conozco en parte,” confesó San Pablo. Sin embargo, “cuando venga lo perfecto, lo incompleto se pasará” y mi memoria vacía se llenará a rebosar. “[E]ntonces conoceré como soy conocido.” Conoceré, y seré conocido, “cara a cara”. Me recordaré a mí mismo en su totalidad por primera vez en la presencia vivificante del Padre que nunca me ha olvidado.

En una hermosa coincidencia, el Obispo Connolly murió solo unos días después de Francisco Cardinal George de Chicago, quien fue Obispo de Yakima en los ‘90 y respeto mucho a su obispo vecino. “Lo único que nos llevamos con nosotros cuando morimos,” dijo una vez el Cardinal George, “es lo que hemos regalado.”

Esto me vino a la mente durante la homilía del Servicio de Vigilia del Obispo Connolly en Bend. El Padre Rick Fischer recordó el día en que el Obispo Connolly confirió el sacerdocio sobre él en Ontario hace muchos años: “Cuando impuso sus manos sobre mí en la ordenación, las dejó sobre mi cabeza durante mucho tiempo, como si

quisiera darme *todo* a mí” – todo el sacerdocio que pudiera dar. Esa imagen llega a la esencia de la vida Cristiana y ministerio sacerdotal del Obispo Tomás Connolly. No se aferró a su sacerdocio; no guardó los dones de Cristo para él mismo. Los regaló, a nosotros, a las ovejas de su rebaño, una y otra vez. De este modo, al regalarlos, los hizo más y más suyos. Podemos estar seguros de que él los llevó con él cuando fue a encontrarse con su Señor.